

**Bienvenido a  
Iglesia Presbiteriana Crestholme  
Quinto domingo después de Pentecostés  
10 de julio de 2022**

**SERMÓN**

**“Una conciencia alternativa”      Anciano, Fred Archer  
Escrito por el reverendo Charles Hoffacker**

Destellando a través de la Biblia y más allá hay un relámpago conocido como ministerio profético. Lo que hace el ministerio profético, según el erudito bíblico Walter Brueggemann, es generar “una alternativa de conciencia y percepción a la conciencia y percepción de la cultura dominante que nos rodea”. Este no es un pedido pequeño.

Cualquiera que sea la cultura dominante en un lugar y tiempo en particular, el ministerio profético aparece y vuelca el carro de manzanas al promover una conciencia alternativa, una forma diferente de ver el mundo. Este testimonio bíblico del Dios de la vida, cuando se acepta fielmente, resulta demasiado candente para que lo controle cualquier cultura dominante.

Hoy investiguemos tres instancias del ministerio profético y la conciencia alternativa que genera. El primero proviene del profeta Amós. Otra se encuentra en una historia que cuenta Jesús, una de sus parábolas más conocidas. La tercera instancia de ministerio profético y conciencia alternativa aparece cada vez que celebramos juntos la Eucaristía.

Amós el profeta es la figura detrás del breve libro del Antiguo Testamento que lleva su nombre. Fue un pastor y peón de campo que vivió más de setecientos años antes de Jesús. Si bien no es el primero de los profetas bíblicos, es el primero cuyo nombre va con un libro enteramente relacionado con su vida y mensaje; no sabemos nada de él por ninguna otra fuente.

Hoy escuchamos quizás el pasaje más memorable del libro de Amós. El profeta ve al Señor de pie junto a una pared, y en la mano del Señor hay una plomada. Una plomada es una cuerda a la que se le ha atado un peso, conocido como peso de plomo. En pocas palabras, una plomada funciona como un nivel, pero de forma vertical. Se utiliza para garantizar que una estructura se construya correctamente. Esto presupone la sombría posibilidad de que una estructura se pueda construir mal.

Entonces, en la visión de Amós, el Señor, sosteniendo una plomada, denuncia a su pueblo porque no está a la altura. Están mal contruidos. Hay un estándar divino de trato justo que difiere tanto del decreto real como de la opinión popular. La nación y sus gobernantes y su población no cumplen con este estándar.

Los que mueven y agitan en el reino donde vive Amós entienden lo que está diciendo. Amasías, capellán del santuario real, quiere que Amós salga y profetice en otro lugar,

en cualquier otro lugar. Su profecía plomada no es bienvenida allí en el santuario real porque subordina el status quo a un Dios de justicia.

En la época de Amós, muchas naciones trataban a sus reyes como divinos y más allá de toda crítica. Una afirmación transformadora del ministerio profético, parte de la conciencia alternativa que genera, es que aquellos en altos cargos quedan bajo el juicio de Dios. Dios es rey; el rey no es Dios.

Esta afirmación desafiante se extiende desde la época de Amós, siete siglos antes de Cristo, hasta la Carta Magna inglesa unos dos mil años después, hasta la Revolución Americana más de cinco siglos después. En nuestro tiempo, proporciona una base para los derechos humanos en todo el mundo.

Jesús nos proporciona otro ejemplo de ministerio profético cuando cuenta la historia conocida como la Parábola del Buen Samaritano.

En el evangelio de hoy, escuchamos que presenta esta historia en respuesta a una pregunta que le hicieron. Un abogado reconoce la obligación de amar a su prójimo como a sí mismo si quiere tener la vida eterna. Pero el abogado entonces pregunta: "¿Quién es mi prójimo?"

A lo largo del curso de la Biblia y más allá, el pueblo de Dios llega a aprender—ellos descubren a través de la experiencia—que su Dios es Dios de todas las naciones y pueblos. El Señor viviente reina en todas partes; el Santo está interesado en todos los lugares, no sólo en algunos lugares.

De manera similar, el pueblo de Dios aprende a no tomar la palabra "prójimo" de una manera demasiado limitada, demasiado literal. Los vecinos no son solo las personas cercanas; incluyen personas en todas partes.

Y así, Jesús cuenta su historia del enemigo samaritano que se preocupa por el judío agredido y así se muestra prójimo de esa desafortunada víctima.

Aquí llegamos a otra afirmación transformadora del ministerio profético, una segunda parte de la conciencia alternativa que evoca, a saber, que nuestro prójimo incluye absolutamente a todos, todos los creados a imagen y semejanza de Dios. No importa si están cerca o lejos. No importa si compartimos su etnia, nacionalidad, religión, color de piel, clase social o principios políticos. Por ser hijos de Dios, debemos reconocerlos como nuestros hermanos y hermanas. Sin excepciones.

Durante la Segunda Guerra Mundial, el ejército alemán ocupó una pequeña isla griega. La figura principal de la comunidad allí era el obispo ortodoxo local. Entonces, el comandante alemán exigió al obispo una lista de todos los judíos residentes en la isla.

El obispo tomó papel y pluma, escribió un solo nombre y le entregó el papel al comandante. El nombre que el obispo había escrito era el suyo.

Entonces, ¿qué sucede en el altar cuando, no importa cuán a menudo, en obediencia al mandato de Cristo celebramos la Sagrada Eucaristía?

¿Cómo nos lleva este patrón ritual a una conciencia alternativa, que desafía a la cultura dominante y nos permite ver nuestra existencia de una manera diferente?

Considere estas líneas del poeta William Wordsworth: "El mundo es demasiado con nosotros; tarde y pronto, obteniendo y gastando, desperdiciamos nuestros poderes".

Podemos encontrar esto cierto de nosotros mismos. El camino del mundo, limitado a obtener y gastar, desperdicia nuestros poderes y no trae renovación. El altar nos enseña una economía diferente.

Allí el don inagotable de Cristo nuestro Dios se vuelve disponible para nosotros a través de la fe. Su Cuerpo y su Sangre son para nosotros su pueblo una participación en su vida invencible.

La Eucaristía tiene que ver con el dar: el dar de Cristo y el nuestro en respuesta. Cristo se ofrece a sí mismo una vez y para siempre. Por el poder del Espíritu, compartimos ese dar, ese sacrificio completo y perfecto. En unión con Cristo crucificado, resucitado y triunfante, ofrecemos al Santo la totalidad de nosotros mismos y de toda la creación. Ya no estamos cansados ni desgastados, nos convertimos en personas de la resurrección.

Así aprendemos una nueva forma de compartir donde prevalece la abundancia: todo el que come y bebe recibe a Cristo íntegro. No nos oponemos unos a otros; en cambio, habitamos unos en otros, participantes en el Cristo restaurado.

Así, vemos más allá de la cultura dominante y su ruptura real a la verdad más profunda, la unión de todos en Cristo. Practicamos nuestro dar y recibir y regocijarnos siguiendo el ejemplo incesante de la Trinidad.

Entonces, la plomada de Amós revela cómo tanto los altos como los bajos no pueden escapar del juicio de Dios, porque las dimensiones de lo que construimos juntos deben ser la misericordia, la justicia y la buena fe.

El samaritano en la historia que cuenta Jesús nos muestra quién es nuestro prójimo: todos sin excepción; y que Cristo es el primer samaritano superando cada barrera que construimos.

Cada vez que celebramos la Eucaristía, somos iniciados en el orden saludable donde se reciben y se dan dones, la abundancia divina nos refresca nuevamente y el trágico quebrantamiento da paso a una verdad más profunda.

Cuente todo esto y más como formas de ministerio profético. Construyen en nosotros una conciencia alternativa que confunde a la cultura dominante.

El ministerio profético no implica simplemente que la tumba de Jesús quedó vacía; arroja luz sobre las formas en que nosotros, incluidos de nuevo en Cristo, podemos salir de esta asamblea para vencer al mundo, para practicar la resurrección. Alabemos a Dios y digamos AMÉN.